

saporte, ¡Cómo sentiría Nicolás haberle dejado escapar de esa suerte, para que llevara á conocimiento de las extrañas naciones los gérmenes revolucionarios depositados por la naturaleza y por la historia en el seno de Rusia! Intimóle que volviera, y naturalmente se negó Herten á volver. Entonces le confiscó todos los bienes que tenia en Rusia. Los golpes de Herten redoblaban á medida que crecía la ira de Nicolás. El Emperador debió creer lo que creía Felipe II; debió creer en su dominio eminente sobre la vida y aun el alma de sus vasallos como Czar y como Papa. Cuentan de Felipe II que cuando tenia escrúpulo en mandar un asesinato, lo calmaba con el pensamiento de que la vida de los vasallos pertenece á sus reyes. Lo cierto es que en virtud de un razonamiento análogo, mandó Nicolás algunos esbirros á Londres contra el escritor revolucionario con más aire de asesinos que de jueces. Las ideas nuevas, á pesar de la férrea mano que pesaba sobre las conciencias en Rusia, habíanse extendido hasta crear otra policía secreta de la libertad frente á frente de la policía secreta del Imperio. Herten sabia los esbirros imperiales, que so color de amigos, le cercaban en Londres. Cierta vez convidó á beber en una taberna á uno de ellos, y cuando más dado se hallaba á las elucubraciones revolucionarias inspiradas por la necesidad de encubrir su ministerio, sacóle Herten un retrato fotográfico hecho en Petersburgo, y á cuyo pié se leían estas palabras: esbirro de Nicolás. Imaginaos cuál sería el asombro del pobre diablo. A la muerte de Nicolás, las persecuciones se mitigaron; pero también se mitigó la oposicion de Herten. La ley de emancipacion de los siervos cautivó su alma y engendró en ella nuevas apocalípticas esperanzas sobre el grandioso ministerio de la raza eslava en el mundo moderno. Así de Londres trasladó su periódico á Ginebra.

En su retiro de Suiza difundía las ideas revolucionarias, con las ideas revolucionarias

las esperanzas de una renovacion verdadera en su raza, y por medio del ejemplo de su raza, en toda Europa. Embargado en estas gravísimas ocupaciones, sobrevino el Congreso político de Ginebra, que se llamó Congreso de la paz y fué Congreso de la República. Representantes revolucionarios de todos los pueblos se juntaron en aquella Asamblea.

Uno de los primeros invitados al Concilio de los nuevos dogmas, fué el escritor ruso, que tanto ha trabajado por la difusion de estos dogmas en estepas desiertas y en razas primitivas. No obstante su carácter revolucionario, escusóse Herten de asistir al Congreso revolucionario, y escusóse por la cuestion rusa, creyendo que los demócratas occidentales jamás serian justos con su nacion y con las esperanzas que su nacion, desconocida generalmente, guarda en sus entrañas. No se engañaba. Sus pretensiones originales de renovacion por los municipios eslavos y la sangre cosaca, iban á suscitar grande oposicion, á lo menos grande extrañeza en los revolucionarios de Occidente. Un emigrado alemán llevó al seno del Congreso veheméntísimo discurso contra los eslavos en general, y contra Rusia en particular. Criticaba acerbamente su papa-cosaco, mitrado y á caballo, con el sable al cinto y la cruz en las manos; su religion enemiga del respeto á toda otra creencia, y basada en ortodoxia soberbia; sus manadas de pueblos hambrientos y helados, acariciando la esperanza de festin continuo en las tierras de calor benéfico; sus pretensiones históricas á representar en el seno de tosca barbarie, ya corrupta, el antiguo y puro ingenio griego; sus hordas de escitas, medio bestias, medio hombres, mandadas por germanos renegados, y amenazadoras á la civilizacion occidental; sus generales-ogros, archi-asiáticos, adiestrados en el desierto á preparar nuevas invasiones de mongoles, tártaros y kalmucos; sus folletistas mesiánicos, educados y crecidos bajo el látigo de la policía, imitadores serviles de la cultura occidental en la forma, y enemigos de

esta cultura en el fondo, que presentan por toda esperanza las bárbaras instituciones rusoeslavas, manchadas con la corrosiva gangrena de primitivo y brutal comunismo.

Como se vé, Herten habia temido con fundamento á los demócratas occidentales. El discurso no llegó á leerse, porque las inculpaciones á un pueblo, sublevaban á todos los pueblos, y producian universales protestas. Impreso más tarde en Bruselas, y difundido con verdadera profusion, escrito en estilo esmaltado de imágenes deslumbradoras, y lleno de esas salidas de tono tan naturales al humor germánico, el discurso de Borkheim alcanzó éxito en los extrañados y aun resentidos de que pueblo puesto en el tormento de la servidumbre, y encorvado bajo el cetro de los autócratas, no solo desdeñara ser redimido, sino pretendiera ser Mesías y Redentor.

Herten hablaba con cierto menosprecio de los occidentales. Encontraba en todos señales de la precaria posicion que la generalidad de los escritores tiene en nuestras regiones, y los creía dotados de facultades brillantes, pero singulares, careciendo de las universales aptitudes por él descubiertas en su raza, en la raza eslava. Sin embargo, este encendido entusiasmo por la raza eslava no le llevaba á participar de las ideas de los panslavistas. Para estos era necesario combatir la cultura alemana traída por la casa reinante; cerrar el período iniciado en San Petersburgo y contrario al antiguo espíritu ruso; levantar la vida nacional con su autoocracia pura y su iglesia bizantina, desligándola del germanismo en mal hora importado por Pedro I al seno de un pueblo íntegro en su originalidad, y puro en sus costumbres. Herten creía también que Rusia guardaba elementos generales de civilizacion y de progreso. La naturaleza individualista y social de los cosacos; la propia personalidad sentida en ellos con vigor y la sociedad amada por ellos con pasion; la aldea patriarcal; el *artel*, asociacion de trabajadores donde cada uno laboraba para todos y todos

para cada uno; la vida comun agrícola, la reunion de los campesinos en asambleas; la reunion de las asambleas en cantones, que á sí mismos se gobiernan; todo esto fecundado por el espíritu moderno, por este espíritu de libertad y de igualdad, producto de tantos siglos de elaboracion espiritual, podia ser como el apocalipsis de una nueva era en la historia. Para Herten, los eslavos de genio inquieto y bullicioso, de voluntad emprendedora y audaz; sensibles y fantaseadores al par de fuertes y valerosos; faltos de espontaneidad y sobrados de espíritu asimilador; comunicativos sin desnaturalizarse nunca, y originales sin perder el genio universal humano; vienen á ser de todos los pueblos europeos el más apto para pasar del antiguo régimen aristocrático al nuevo régimen federal, y para resolver, sin sacrificar el individuo á la sociedad, ni la sociedad al individuo, todos los problemas sociales.

¿No hay en estas originales aspiraciones alguna ilusion? Trazaba tales ideas el publicista ruso en tiempos del imperio francés. Aquel eclipse de la conciencia humana le parecia eterna noche. Los pueblos de la revolucion tras sus maravillosas Cruzadas por la libertad, dormíanse brutalmente á los piés del despotismo. Volvian como verdaderos espectros aquellos tiempos últimos de la sociedad antigua, en que alzaban los ciudadanos altares y consagraban votos y ofrendas al César que los libertaba del peso abrumador de sus derechos. En tanta degradacion, los pueblos, embrutecidos y viciados, se preguntaban unos á otros cuando á la libertad los querian despertar: ¿qué es libertad? Y algo análogo habíamos visto en la civilizacion occidental por aquellos dias en que Herten trazaba sus libros. Y así como la monarquía de los Ptolomeos y de los Augustos, inspiraba la égloga, voz verdadera de la naturaleza, en medio de las arbitrarias combinaciones del despotismo; así como la tiranía de los Césares obligaba al historiador Tácito á trazar el retrato de los ger-



manos independientes en sus selvas, y desligados casi de la sociedad para mejor conservar sus libertades individuales, ese bien robado por una eterna dictadura y perdido por una incurable debilidad; cuando todos nos quejábamos del despotismo militar triunfante en el corazón de Europa, era como un consuelo, como una esperanza, refrigerar y levantar el alma desmayada y sedienta de fé, en la vida pura de los campos con sus razas patriarcales y nómadas, gozando en medio de todas las privaciones el inapreciable tesoro de su libertad.

Pero convengamos en que esas costumbres patriarcales, esa vida comun, ese trabajo solidario, esa ausencia de toda autonomía individual no es solo propiedad de los cosacos diseminados en el imperio ruso, es propiedad también de todas las razas primitivas, de todas las sociedades en inocente infancia, de todos los pueblos nómadas, de todas esas antiguas y apartadas épocas, que se caracterizan por esa confusión completa entre el hombre y la naturaleza, en que está pegada el alma á la tierra como el feto al vientre de la madre. Necesitábase caer muy bajo para que pueblos como los pueblos heleno-latinos que han elaborado la estética de la humanidad; que han producido el derecho civil; que han divinizado el espíritu humano con su idea del Verbo; que han educado las razas nómadas en la religión y en la disciplina social; que han traído al mundo moderno la gran cultura del espíritu contenido en el renacimiento, y á la sociedad moderna los principios universales de justicia contenidos en la revolución francesa, fuera así á tomar como ideal estados sociales por los que pasaron en tiempos casi fabulosos las tribus aborígenes de su larga historia.

Y lo que digo de la raza heleno-latina, digo también de esas razas germánicas que han fundado la libertad individual en sus principios; que han producido la conciencia moderna en la Reforma; que han educado los puritanos, los apóstoles y los mártires de la de-

mocracia; que han dado al mundo el jurado y el parlamento de Inglaterra, la federación y la República de América; que han iluminado la conciencia moderna con ideas filosóficas: trabajos que acusarían de estériles, actividad individual que acusarían de infecunda, si dentro de esta larga serie de ideas no existiese la idea social llamada á redimir el cuarto estado de su servidumbre económica, sin detrimento alguno de los derechos fundamentales humanos, á que debemos la posesión de nuestro ser y la plenitud de nuestra vida.

En filosofía Herten pertenece á la extrema izquierda hegeliana. La naturaleza por todo ser, la vida presente por toda vida, el movimiento de las ideas por todo ideal; hé ahí su ciencia. No busqueis en ella ningun principio inmóvil, absoluto. Es una continua procesion de sombras, que van y vuelven, como la danza macabra de nuestras catedrales en la Edad Media. Cuando contemplo estos sistemas científicos, la vida en ellos me parece un río sin origen y sin desagüe, rodando eternamente sus ondas por indeterminado cauce. Y el mundo de lo porvenir necesita un ideal. Y no puede haber ideal si no hay ideas. Y no puede haber ideas sino en lo incondicional, en lo absoluto. Yo nunca he creído que para destronar á los reyes de la tierra sea necesario destruir la idea de Dios en la conciencia, ni la esperanza de la inmortalidad en el alma. He creído todo lo contrario, he creído que las almas, desprovistas de estos grandes principios, caen yertas en el lodo de la tierra, y allí las pisotean hasta las bestias. Dadle al hombre una grande idea de sí, decidle que lleva Dios en su conciencia, la inmortalidad en su vida, y le vereis alzarse por el sentimiento de su dignidad fortalecido, á reclamar aquellos derechos que aseguran la nobilísima independencia de su sér en la sociedad y en la naturaleza.

Alejandro Herten se habia propuesto conmover al mundo ruso con las ideas más ex-

tremas del mundo occidental; y conmover al mundo occidental con paradojas ingeniosísimas sobre el mundo ruso. A su naturalismo en filosofía, y á su socialismo en política, unia un claro conocimiento de las ciencias naturales y un brillante estudio de las literaturas modernas. Brilla como escritor en la variedad de tonos, en la nitidez de dición, en los contrastes felices, en la maravillosa flexibilidad de palabra, en la aptitud para poner lo grotesco junto á lo sublime, sin que resulte un gran desentono, porque conoce los delicados matices de las ideas y las varias gradaciones del estilo. Si frecuentemente extrema los principios, no hay que extrañarlo. El inglés, el americano, el suizo, como viven siempre en la realidad de la política, conocen sus asperezas, y no se proponen destruirlas con leyendas y ensueños, sino con prácticas

y positivas reformas. Los pueblos presos llenan sus calabozos de leyendas. Dice el mismo Herten que el eslavo se parece al árabe en que se deja mecer muchas veces en alas de sus cánticos. Él ostenta las cualidades de su raza, también se mece en ilusiones y ensueños. Poeta era, naturalista, filósofo; y después de haberlo sacrificado todo por la política, nada político, en el sentido real de la palabra. Mas de todos modos, él ha revelado la unidad del espíritu moderno revelando que hasta en el seno de aquella Rusia, parecida á inmenso desierto, brotaban bajo su iglesia bizantina, su autocracia alemana, su nobleza moscovita, su ejército de cosacos, de tártaros, y su burocracia de máquinas, las incontrastables aspiraciones á la libertad universal.